

TE ESPERARÉ: UNA HISTORIA DE AMOR ETERNO

- © del texto: Albert Mayolas
- © maquetación y diseño: Punto Rojo Libros, S.L.
- © portada: Punto Rojo Libros, S.L.
- © de esta edición:

Punto Rojo Libros, S. L., 2017
Cuesta del Rosario, 8
Sevilla, 41004
Teléfono: 911.413.306
WhatsApp: 622.843.306
info@puntorojolibros.com
www.puntorojolibros.com



Impreso en España • Unión Europea
Segunda edición: Septiembre 2017

ISBN: 9788417004309
Depósito legal: B-28921-2011

Reservados todos los derechos.

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra».

ALBERT MAYOLAS

TE ESPERARÉ

UNA HISTORIA DE AMOR ETERNO

PUNTOROJO
libros

*Para los que aman,
han amado o creen que han amado.*

Relato fabulado. Cualquier parecido con la realidad en los personajes y lugares de esta novela, es pura coincidencia.

Sugerencia del autor.

En esta novela aparecen varias referencias musicales con canciones que ayudan a relacionar a los personajes con las circunstancias descritas, por lo que es conveniente se puedan escuchar en el transcurso de la lectura.

ÍNDICE

Amélie.....	11
Jean-Pierre	41
Marlene	65
Don Antonio.....	99
Marlene y Jean-Pierre	135
Carmen	159
Jean-Pierre y Amélie	211

AMÉLIE

Mis recuerdos de París.

Joaquín, mi esposo, amablemente me ayudó a levantarme del asiento de nuestro palco en la plaza de toros de la Maestranza. La corrida había acabado y como todas las tardes en las que le acompañaba, se me había hecho eterna. Nunca entendí bien lo de los toros a pesar que me gustaban los colores, las luces de la vestimenta y la música de los pasodobles, pero me horrorizaba cuando al final de la faena se procedía a la estocada final y al posterior descabello. Cada vez esperaba con ilusión frustrada al torero simulando la suerte de matar al toro, lo que significaría que el presidente de la plaza lo habría indultado. Jamás tuve la oportunidad de estar presente en ninguna de estas escasas circunstancias.

Aquella tarde había sido aciaga, me dolía la cabeza y sólo me faltaba que Ordoñez, así le llamaba a mi marido todo el mundo en Sevilla, se dedicara a conversar con sus amigos. Conocía a tanta gente que me era difícil reconocer a la mayoría de ellos. De todos los que se abalanzaban para saludarle sólo pude identificar al joven y simpático Lorenzo, el hijo del capataz de nuestra dehesa.

Joaquín se esforzaba en documentarme respecto a las suertes y lenguajes del toreo, supongo que para animarme, conocedor de mi falta de afición por la lidia. Tan sólo ver abrirse la puerta de toriles y salir el toro a la plaza, me informaba de la condición del enorme morlaco.

—Mira es un *abrochado* con los cuernos un poco cerrados y algo *garabato* de orejas.

Disfrutaba mostrándome sus conocimientos de tauromaquia. Era consciente de mi falta de interés en este terreno y le estaba agradecida por sus técnicos comentarios. Al terminar, los muletillas habían retirado el cadáver y los caballos habían atravesado los medios, arrastrando al pobre sexto animal de la tarde. El silencio del personal del tendido, demostraba una mala faena, a pesar que los hieiros evidenciaban una de las mejores ganaderías, la de Miura, pero con poca suerte para los toreros, quizá por causa del aire que deslució la faena.

Salimos de la plaza y cumpliendo la costumbre, cogimos un coche de caballos descubierto que nos llevaría a casa, no sin antes dar un paseo. Nos gustaba pasar por la Torre del Oro para enfilar el paseo de las Delicias, bordeando el canal de Alfonso XIII y aspirar el reciente aire primaveral de los primeros días de mayo, donde ya se percibían suaves aromas a azahar. Después la avenida de María Luisa y recalar en Santa María la Blanca, la calle donde vivimos en pleno barrio de Santa Cruz.

El viaje como era habitual estuvo carente de conversación, sólo algún argumento taurino al que contestaba con monosílabos para evidenciar que estaba atenta a sus pocos comentarios. Mi compañero de viaje y yo llevábamos ya unos eternos diez años juntos y a pesar de la ilusión que le hubiera hecho a Joaquín ser padre, jamás tuvimos descendencia. Mi esposo era un hombre alto, enjuto, moreno, de buen porte, educado pero de pocas luces, sencillo en el hacer y el pensar y quince años mayor que yo. Cuando me casé con él, a petición empecinada de mi padre y debido a unas lamentables circunstancias que me provocaron una gran depresión, disfrutaba al principio de sus conversaciones complacientes aunque triviales que me hacían olvidar unos años tristes de mi vida, por aquel entonces recientes.

Llegamos al número ochenta de la calle Santa María la Blanca, nuestra casa, pálida, austera y ajardinada. Demasiado espaciosa pero apropiada para vernos poco, que era nuestro deseo cuando coincidíamos los dos en casa, cosa poco frecuente. Entramos en el salón y la luz del atardecer todavía brillante y limpia se filtraba a través de los visillos blancos de las ventanas que daban al jardín, siempre abiertas como era mi gusto para visualizar los arbustos, interesada y seducida por los cambios primaverales de la vegetación obediente, hasta que Joaquín las cerraba cada vez que se acercaba a ellas. Me esperaba una tarde monótona, auxiliada por una lectura como todas las tardes de domingo, cuando mi marido cogió de la mesita de la entrada las llaves del coche.

—Me voy a la Sociedad Cinegética, a ver si vamos preparando la salida de caza para cuando se levante la veda. Este año me toca renovar la licencia.

Oí cerrarse la puerta. Él y yo sabíamos que no era la caza lo que iba a tratar aquella tarde hasta que volviera a casa bien entrada la madrugada pero los dos nos conformábamos con el disimulo necesario para seguir con unas apariencias que nos interesaban a ambos. No teníamos fuerzas para enfocar una nueva vida el uno sin el otro, desfallecidos en el valor necesario y en la voluntad para tomar decisiones de este calado. Arreglé las flores del jarrón de la mesa del salón que cada viernes recibía de Joaquín, con la consiguiente nota manuscrita, escueta pero con la fuerza que imprime la palabra te quiero, aunque hubiera preferido te amo, lo otro suena a posesión.

Me dirigí al mueble bar en la sala de lectura y me llené una copa de oporto. Puse un disco de Rina Ketty, me acerqué a la librería y arranqué de entre las estanterías un libro de Baudelaire, en el que escondía un secreto de mis tiempos felices y a la vez desafortunados. Abrí por la página 54 y extraje una foto de colores sepia, oxidada por el tiempo. No tenía miedo que mi esposo descubriera mi tesoro gráfico, Baudelaire no era de su interés ni lo hubiera entendido y además estaba escrito en francés. Me senté en el butacón de los días festivos y contemplé aquella joven irreconocible. Me miré en el cruel espejo del salón para confirmar mis irrevocables sospechas y me vi taciturna y agostada, el reflejo de tantas primaveras mustias. Volví a mirar

la antigua foto y una emoción de nostalgia me invadió sin remedio alguno. Allí estaba a mi lado, joven, atractivo y sonriente, Jean-Pierre, con aquella mirada que siempre tengo presente por años que pasen, amorosa, tierna y apasionada. Me quedé un tiempo inmóvil y después, sin desearlo, vinieron a mi mente las imágenes de hacía demasiados años.

Mi padre tenía una bodega cerca de Sevilla, en Carmona, y los vinos que obtenía de sus tierras le permitían una cierta prosperidad económica. Yo acababa de cumplir veintiún años cuando una tarde, colaborando en la bodega, mi padre me hizo una pregunta que cambiaría mi vida.

—Amalia, ¿te gusta estudiar derecho en la universidad?

Disimulé mi desinterés y asentí con cara de niña educada en un colegio de monjas.

—Un día de estos me darás un disgusto y tendré que venir a sacarte del cuartelillo o lo que es peor, de la cárcel —añadió.

Papá conocía bien mis escarceos con grupos de estudiantes antifascistas, deseosos de fastidiar al régimen franquista, en pleno apogeo. Mi padre tuvo la fortuna de luchar en el bando de los vencedores en la Guerra Civil y no sería un problema para él mover sus influencias para solucionar este tema de poca monta, pero no le convenía una hija revolucionaria.

—¿Te gustaría, ir a estudiar a París?

No hubo necesidad de respuesta por mi parte pues se me debió iluminar la cara con una enorme sonrisa y me abrazó a él como si ya me estuviera despidiendo en la mismísima estación, partiendo en el tren más veloz posible. Mi padre tenía la intención de que perfeccionara mi francés y pudiera estudiar enología para mejorar los caldos de su bodega. La idea era muy buena para él pero mucho mejor para mí.

Antonio Henares, mi padre, se había casado mayor y yo fui hija única, por lo que siempre tuvo conmigo una estimación entusiasmada. Mi madre murió cuando yo tenía doce años y él sólo vivía para hacerme feliz. Nunca entendí por qué no volvió a casarse, ni que yo sepa, nunca tuvo un romance con nadie.

A los pocos días, estaba dispuesta para mi aventura parisina y me vi arrebatada por una imparable ilusión juvenil, consumiendo horas y minutos, abruptamente, atropellando el tiempo, hasta verme en el tren que me llevaría a la ciudad más bonita del mundo. Era un 8 de enero de 1967. Me despedí de mi padre en la estación de la Plaza de Armas de Sevilla y me subí al tren Talgo que me transportaría por el corredor mediterráneo, en su recorrido por la hermosa línea de costas y después atravesaríamos Francia hasta llegar a mi destino parisino. Papá había reservado un coche cama únicamente para mí, pues estos trenes iban llenos de gentes sencillas, alegres y curiosas, que buscaban

mejorar sus vidas en la Europa industrializada, huyendo de una España pobre y asolada. Iban cargados con maletas de madera atadas con finas cuerdas y de atiborradas tarteras con comida para el viaje. A pesar de su estado de ánimo festivo, la mayoría se dirigía a unos destinos inciertos, sin ningún contrato de trabajo, apretujados en los asientos de viajeros de segunda clase. A mí no me hubiera importado viajar mezclada entre ellos, cantando sus melancólicas canciones populares, con referencias a sus amores abandonados y a la tierra dejada en un prolongado barbecho, pero a papá no le parecía nada bien.

Superadas las primeras doce horas de agotador trayecto y de acelerado paisaje ya oscurecido, me acosté en la improvisada e incomodísima cama. El cansancio y el traquetear del vagón mecieron mi sueño, sólo perturbado por los agudos pitidos que emitía el tren al atravesar las pequeñas poblaciones. Entonces levantaba la cabeza y veía pasar desde mi lecho, los desvencijados tejados de viejos y oxidados edificios, de apeaderos sin parada con sus bancos en andenes sin personal alguno y carteles descriptivos de las solitarias y a veces olvidadas estaciones, lanzadas en el horizonte a empujones rápidos, entre destellos luminosos y que parecían sacadas de cuentos infantiles. De madrugada entramos lentamente hasta las bonitas marquesinas de hierro y vidrio que cubrían los andenes de la estación de Portbou, la última estación española, para el obligado cambio de raíles y pasar de la vía de an-

cho ibérico a la vía de ancho internacional. Después el ineludible control de pasaportes y ya por fin en Francia, el país de la libertad. Pasados algunas decenas de kilómetros, los primeros rayos solares entraban en el coche cama y medio somnolienta me acerqué a la ventana donde veía discurrir un paisaje arbolado por donde asomaba el sol perezoso y ñoño, despertando de su lecho nocturno, entre un cielo pintado de azul oscuro. Una lámpara metálica de exteriores recubierta de cerámica, abollada y descascarillada a pedradas para lograr la impunidad de los amantes a la nocturnidad, colgaba en la parte superior de un cartel que anunciaba el próximo pueblo y pude leer nítidamente su descripción geográfica, Argelès sur Mer y después otra indicación con grandes letras negras, pintadas a mano sobre una pared desconchada con la palabra *plages* y una flecha descriptiva de su dirección aproximada. Son estas paredes maltratadas las que invitan a muchos a pertrecharse en ellas, al abrigo de las miradas indiscretas para demostrar con abrazos y besos sus pasiones amorosas, mientras que otros aprovechan estos muros para aliviar con urgencia sus necesidades biológicas. Transcurridos unos kilómetros más, atravesamos la estación de Sant Cyprien que junto con Argelès, forman parte de los municipios de triste recuerdo para los miles de españoles, hombres mujeres y niños que buscando libertad y huyendo del espanto de la guerra, fueron obligados a concentrarse en las playas de estos pueblecitos, entre balizamientos de alambres punzantes y en condiciones inhumanas, vigilados por solda-

dos franceses, la mayoría procedentes de las colonias senegalesas. Fue en el febrero del crudo invierno de 1939, cuando el grueso del ejército español republicano, acompañado por una desbordante tropa de civiles derrotados e inofensivos, atravesaron las fronteras huyendo de los soldados sublevados. Esta vez los franceses se olvidaron de su máxima revolucionaria que sedujo al mundo y no aplicaron ni *la libertad*, ni *la igualdad*, ni mucho menos *la fraternidad* con sus hermanos republicanos. El vaho de mi irritada respiración saliendo de mi nariz pegada a la ventanilla del tren, había formado una neblina en el cristal, pasé la mano por encima y mejoró la visión del paisaje exterior, formándose unas gotas viscosas que lagrimeaban pausadamente, ventana abajo. En el exterior el viento peinaba la cabellera de las ramas deshojadas de los árboles caducos y como en un vendaval, los postes eléctricos de la vía férrea, aporreaban el apresurado paisaje que se alejaba de aquella Costa Vermeille.

Después de eternas horas de largo trayecto, vapuleada y agitada hasta la efervescencia por el traqueteo, sacudida y molida a vaivenes, llegamos a la estación de Término, la Gare de Lyon en París. Su campanario con la alta torre cuadrangular y los enormes relojes situados en cada una de las cuatro caras de la artesonada torre, me daban la bienvenida. La estación me impresionó por su enorme tamaño desde donde miles de pasajeros diariamente se trasladan por todo el país. También por los detalles de *art nouveau*, tanto en sus paredes como en las farolas, mobiliario o en el enmarcado

de los escudos de las principales ciudades francesas que atraviesa el tren desde la frontera española.

Salí de la agigantada y vibrante terminal por la rue de Lyon hasta llegar a la cercana y revolucionaria place de la Bastille. Pronto descubrí que mi indumentaria no compaginaba con la modernidad que se evidenciaba entre los jóvenes parisinos, de modo que después de buscar una pensión modesta que encontré cerca de la universidad de la Sorbona, me fui de compras por los bulevares repletos de escaparates, con todo tipo de vestidos atrevidos y sugerentes que serían sin duda, la envidia de mis compañeras de la universidad de derecho en Sevilla. Observé que lo habitual era ver en los jóvenes de la capital una vestimenta informal de pantalón vaquero y jerséis de cuello alto, sin distinción para chicos o chicas. A pesar de mi desconcierto de género en sus indumentarias *unisex*, no dudé en imitarles, comprándome algunos ejemplares, un par de tejanos Levis y varios jerséis Fred Perry de diferentes colores, complementados con prendas de abrigo, adquiridos en las Galerías Lafayette, edificio más cercano a la apariencia de un palacio que no a un centro comercial. Los primeros días de admiración por la ciudad de las luces fueron para los viajes en el Metropolitan, el tren urbano subterráneo con algunos tramos aéreos y sus estaciones modernistas. Después, unos paseos por los típicos lugares turísticos hasta destrozar mis pies, sanados posteriormente con agua fresca y de alto contenido salobre.

La universidad de la Sorbona estaba situada en el barrio de Saint Germain-des-Prés, cerca de la iglesia de Saint Sulpice y de los jardines de Luxembourg, repleta de bares donde se arremolinaban los estudiantes. Se diría que las clases se daban desde las mesas o las barras de los *snack-bar* o los llamados *bistros*. En pleno invierno parecía primavera por el bullicio y la alegría de sus estrechas y amigables callejuelas. Me gustó enseguida el aire de libertad que se respiraba en aquellos ambientes tan diferente de mi Carmona provinciana, apegada a su régimen político inmovilista y rancio, ayudado por un catolicismo casposo que nos infundía tanta desconfianza como indiferencia. Papá me mandaba mensualmente el dinero justo para no derrochar pero suficiente para no pasar penalidades. Con aquel pequeño capital, me permití cambiar la pensión Odeon de los primeros días por el alquiler de una buhardilla, atraída por su arrebatador cartel reclamo "*prix moderés*" en un cuarto piso sin ascensor, en el número 54 de la rue de Le Lapin. De modo que no era una casualidad que escondiera la foto colores sepia de Jean-Pierre en la página 54.

Los días pasaban veloces y tal era mi alegría que no recuerdo el subir las fatigosas escaleras hasta el atelier, con sus cuatro pisos y entresuelo añadido. Los módicos precios del alquiler del pisito, no permitían un suntuoso ascensor. No me importaba pues mi excitación juvenil facilitaba que con gran rapidez y sin que me diera cuenta, estuviera arriba de la azotea sin un jadeo. Recuerdo que aquel

invierno hacía un frío intenso y la cocina, comedor y dormitorio, mis aposentos reales, no tenían más calefacción que el fuego constantemente encendido de los fogones y en ellos, siempre café o caldo bien calientes para no terminar congelada. Sin embargo, me gustaban aquellas temperaturas glaciares que me hacían sentir viva. Las candelas de hielo colgaban de los tejados en equilibrios sin vértigo, como cristales diamantinos, o así me lo parecían a mí, produciendo reflejos plateados y en más de una ocasión la nieve tapizaba los tejados con un blanco de pulcritud, un gran lienzo preparado para que el artista pintase, si así le venía en gana, la vida de alegres colores, que eran los mismos que vibraban en mi interior juvenil. Al llegar a mi chabola, me cubría con una enorme manta y llevaba puestos jerséis y suéteres, más uno fijo de cuello alto, al cuidado de mi garganta. Me sentaba en una especie de mecedora acurrucando mis pies cubiertos con unos dobles calcetines de lana, en la parte anterior del asiento de rejilla, bien apretados a mi trasero que era de las pocas partes del cuerpo todavía calientes. Cogía una taza de caldo casi hirviendo, para conciliarme y auxiliar a mis insensibles y maltratadas manos, mientras contemplaba las tardes rojizas y los atardeceres morados que discurrían pausadamente por mi ventana. Los tejados llenos de chimeneas vertían los olores que se transformaban en aromas a carbón y a madera quemada y me generaban una enorme envidia cuando me imaginaba a sus moradores, al borde de cálidas estufas de hierro, calentadas hasta vislumbrarse el color rojo oscuro en el metal ferroso.

Llegó la primavera con sus brazos abiertos y tenía la sensación de que los meses se habían menguado, como si sólo fueran de un par de semanas cada uno. Repentinamente el tiempo había cambiado. Los días eran largos, luminosos y amigables como nunca los había conocido y con ellos llegaba un arrebató de vitalidad y de sentimientos parecidos a lo que les ocurre a los animales en celo, que me convertían en una fiera de motivaciones irresistibles y lo que es peor, incontrolable.

Tenía muchos amigos y amigas con los que generalmente compartíamos aula y sumisión en la universidad de derecho. No pude matricularme en enología, como quería mi padre. Sin embargo el estudio de las leyes me permitía ver con mayor claridad las aberraciones y censuras políticas que se estaban aplicando en mi país. Me relacionaba con un grupo de compañeros de izquierdas, camaradas más bien, que se interesaban por montar asambleas para organizar protestas contra la embajada española cuando se conocían noticias del sistema dictatorial franquista y sobre todo cuando se producían ejecuciones después de juicios sin garantías suficientes. Corríamos las consignas de la forma más ágil posible y nos encontrábamos formando un grupo de cómplices, que muy bien organizados y clandestinamente protegidos por la nocturnidad, hacíamos pintadas en lugares estratégicamente situados. Esto era sólo el principio de nuestra actividad, pues le seguían las muchas mañanas que nos saltábamos las clases de la universidad para concentrarnos en plena calle, exhibiendo

pancartas escritas a mano y vociferando slogans rítmicamente cantados. Abucheos, gritos y después distribuíamos panfletos y argumentábamos a petición de los transeúntes para posteriormente sentarnos en el pavimento impidiendo el tránsito, e irremediablemente, empezábamos con las inevitables escaramuzas delante de los gendarmes. Eso sí, nadie nos hacía caso, pero era apasionante y sabíamos que lo hacíamos para mejorar las cosas en nuestro país y formar parte minúscula de la historia reciente. O por lo menos lo intentábamos.

En las manifestaciones estudiantiles, que en aquel tiempo proliferaban en la capital francesa por reivindicaciones muy diversas, me gustaba colocarme al lado de Philippe, un joven francés cuyo abuelo luchó con las brigadas internacionales en España. Era delgado, atractivo, vital, algo avejentado para su edad pero un gran líder para todos nosotros. Llevaba siempre una cazadora de color rojo y se dejaba ver frente a los gendarmes vociferando y enarbolando pancartas. Si las cosas se complicaban y los representantes del orden cargaban contra nosotros, salíamos de estampida y a pesar de la persecución policial en la primera ocasión que tenía, al doblar una esquina o en el portal de una escalera, cogía la reversible cazadora roja y la convertía en verde, despistando de ese modo a sus perseguidores. Yo hacía lo mismo con un abrigo azul reversible en blanco, aunque en una ocasión la estrategia de los colores falló y pasamos la noche en comisaría. Nos gustaba en plena persecución policial correr alocadamente por la calle, bamboleándonos por encima de la calzada arrugada

por los adoquines de la pavimentación lustrados por el pasar de los transeúntes y de los años, bañados de reflejos de colores procedentes de los escaparates o de los neones publicitarios, mientras escuchábamos en plena desbandada las órdenes procedentes de las megafonía de la bofia acompañadas de las sirenas de los furgones de policía y pensábamos en aquella frase famosa: *encontrar la playa bajo el pavés*, todo un elogio estudiantil a la imaginación revolucionaria. Al terminar nos dirigíamos juntos, si todo había acabado bien, o por separado si las cosas terminaban a porrazos, a una especie de bar para comentar cómo nos había ido.

Era una cueva, un tugurio encantador llamado Le Petit Tabou, situado en la rue de Danton. Un oscuro semisótano. No fue hasta el segundo o tercer día cuando descubrí los colores de sus paredes, debido a la poca luz y a una inmensa niebla fruto de la combustión de todo tipo de tabaco y similares prohibidos. Murales decorados con discos de vinilo de orquestas de jazz o cantantes del momento y fotografías de artistas publicadas en la revista musical, *Salut les Copains*. Posters coloreados donde se escribían mensajes de todo tipo, “se busca habitación”, “se intercambia máquina de escribir”, “vendo pipa prácticamente sin usar”, o, “se comparte cama con distinto género”. Así rezaban las misivas acompañadas de un número de teléfono con indicación horaria. Como estrellas invitadas, dos guitarras en la parte alta de la pared principal, al resguardo de algún improvisado músico, alterado e inspirado por los

efluvios alcohólicos de los licores. Escuchábamos, cuando la algarabía nos lo permitía, a Brel, Montand, Moustaki o Edith Piaf, entre otros. Nos sentábamos en una carcomida mesa donde los paños mojados para su limpieza estaban proscritos y las consumiciones se apuntaban con tiza blanca encima de la gastada y deslucida madera. Para rematar la decoración, unas velas arrugadas donde encender los cigarrillos que ennegrecían el techo y le daban un ambiente si cabe más oscuro, que nos favorecía en bastantes ocasiones para hablar con cierta intimidad. Pedíamos una botella de licor de absenta para que diera lucidez a nuestros comentarios intelectuales, asunto éste de dudosa efectividad. Con cierta frecuencia disfrutábamos de pequeños conjuntos musicales, piano, saxofón, guitarra y batería que armonizaban con mejor o peor acierto composiciones jazzísticas en interminables *jams* hasta la madrugada, que era cuando bailábamos en una improvisada sala de baile, obtenida después de una puesta a punto de sillas y mesas, arrinconadas anárquicamente.

Fue en Le Petit Tabou donde conocí a Jean-Pierre. Los lunes teníamos la costumbre, de comentar algún libro que previamente habíamos escogido para leerlo el fin de semana. Nos gustaban los intelectuales como Sartre, que hablaba sobre la existencialidad y la defunción de Dios, Baudelaire, Kant o incluso Rousseau, que nos permitía debatir respecto a su polémico convencimiento sobre la bondad inherente del ser. Parafraseábamos a los clásicos en un alarde de memoria. En algunas ocasiones nos convertíamos en los personajes de las obras de teatro y cada uno de

nosotros leía el apartado que le correspondía. Aquel lunes nos tocaba Pirandello y los comentarios del recién incorporado me dejaron boquiabierta y embobada. Había sido invitado por mi colega de aula, una tal Margot, lista, rica y guapa. Jean-Pierre, me gustó su nombre, tenía una soltura y razonamientos impropios para su edad, debería tener unos treinta y tantos años. Era ilustrado, ponderado, sus comentarios eran maduros, valientes y oportunos, diferentes de las explicaciones de mis bisoños compañeros. Me imagino que él se percató de mis evidentes muestras de aceptación, pasmada y sumida en mi trance emocional, despistada de los personajes de Pirandello. De pronto me vi bailando con él, envuelta como en un sueño mágico, en la pequeña sala de baile, ahora convertida en una imaginada pista de circo, en la que, fantaseaba en mi ensoñación, cabalgando de puntillas y vestida con un tutu rosa al lomo de vistosos corceles blancos. Así me sentía yo, abrazada a un hombre encantador como pocos en la sala improvisada del tugurio, al compás de la letra melosa de la canción, *J'attendrai le jour et la nuit. J'attendrai...*

La libertad sexual que se disfrutaba en la Francia liberal, permitió que aquella misma noche nos acostáramos juntos y no digo durmiéramos juntos, porque no sería fiel a lo que allí sucedió. Jamás imaginé que alguien pudiera impresionarme de tal forma que sintiera desde el momento en que lo vi, este sentimiento que todos llaman amor. En ese caso un auténtico amor a primera vista. Era,

además de buen conversador, un hombre guapo y atractivo, y lo uno no implica lo otro, pues hay hombres guapos que no generan atracción. Sus ojos, sus manos, su sonrisa diáfana, encantadora, su voz a menudo susurrante solicitando alguna caricia después de ser generosamente solícito, ponían mi persona entera en un estado de sexto sentido, que es el que aparece después de desatados los otros cinco y precede al éxtasis. Me llamaba Amélie. Juré que jamás tendría otro amor como él y suplicaba que el destino lo mantuviera a mi lado hasta el fin de mis días y no de los suyos, pues su falta sería suficiente motivo para perder el juicio y enloquecer hasta morirme.

Pasaron las semanas y no me faltaba una flor cada día, a veces comprada en la floristería, a veces silvestre, recogida en algún rincón generoso que normalmente pasa sin advertir sino se está enamorado. Cuando la economía me lo permitía compraba una botella de *champagne* y siempre sonaba música en el *pick-up*. Comíamos, jugábamos a las cartas o al parchís, fumábamos y sobre todo reíamos alegremente y cada tarde el cielo nos miraba con envidia y la luna nunca se escondía detrás de los nubarrones. Por la mañana el sol tibio me despertaba sola en la cama, Jean-Pierre tenía por costumbre no quedarse más allá de la media noche.

Era tan feliz en sus brazos que no me importaba que pasáramos casi todas las tardes en el atelier sin salir a ningún acontecimiento público, encerrados, disfrutando de nuestras charlas y pasiones sensuales. Tan sólo una vez

fuimos al teatro a un recital de Yves Montand y saliendo de la sala Olympia, paseábamos alegremente por la calle y yo me agarraba fuertemente de su brazo como fundida en una indisoluble amalgama de apasionado afecto, mientras cantábamos juntos las canciones que acabábamos de escuchar. No volvió a repetirse la salida en ninguna otra ocasión a pesar de mis tímidas peticiones.

Era tanto el deseo que sentía por él que me pasaba el día aguardando todas las tardes a la hora habitual, puntual como el reloj del campanario de la iglesia cercana, para oír sus ágiles zancadas, urgentes y aceleradas, saltar los peldaños de la escalera de dos en dos y entrar en el apartamento donde, impaciente, le esperaba. Un apasionado abrazo seguido del beso que dejaban sus labios en mi boca, eran sin mediar palabra su mejor presentación. Un manantial de aire fresco invadía mi cuerpo como si fuera la brisa del alba de un nuevo día y le veía exultante de felicidad, reflejada en el brillo de sus ojos, que miraban los míos. De repente mi mundo se quedaba callado y su tacto se convertía en un escalofrío que recorría mi piel. Abrazados sentía mi corazón palpar con las prisas que genera el deseo y me invadía una especie de sentimiento feroz, deseosa de devorarlo y retenerlo en lo más profundo de mi persona, en un arrebatado depredador. Frenesí enloquecido que derrochábamos en amorosas batallas, flotando por encima de las sábanas algodónadas de cielo para acabar derrotados y entregados, el uno al otro, en un edén terrenal. Entonces, muy a menudo, tumbados en